

23. La oración del desesperado

Saulo, en los tres días que transcurren entre su caída en el camino de Damasco y la visita de Ananías, experimenta la nada. Los Hechos de los Apóstoles lo describen en un versículo muy sobrio: “Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.” (Hch 9,9). Jesús quiso encontrarse con él en la muerte, en los infiernos, como se encontró con Adán y Eva el Sábado Santo. En la oscuridad, sin comer ni beber: Saulo está como muerto, es como un cadáver. No puede vivir más que resucitando, más que aferrándose a la mano del Resucitado que desciende hacia él.

Jesús le dice a Ananías que, a pesar de todo, Saulo está orando: “Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando.” (Hch 9,11) ¿Cómo puede rezar un hombre en el infierno, un hombre que ha caído en la tumba del abandono total, que ha visto desmoronarse el sentido de su vida? Sólo puede rezar como Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; Sal 21,2) Saulo suplica la salvación, suplica que Dios le salve, que venga a salvarle. Nunca había rezado así. Siempre había estado convencido de que ya estaba salvado, y que todos los demás que no eran como él estaban condenados. Ahora se siente condenado y espera una salvación que conoce, porque fue prometida por Dios a su pueblo, pero que se da cuenta de que nunca ha conocido. Encontró a Jesús en el camino de Damasco, pero esa misma luz le cegó. Su Salvador le abandonó inmediatamente. ¿Por qué? Porque tuvo que experimentar que nuestra salvación es una resurrección, un ser tomados de la mano del Resucitado que nos saca de las tinieblas de la muerte y del pecado. Y también tuvo que experimentar que esa mano que el Salvador resucitado nos tiende es la Iglesia, el Cuerpo del que el Resucitado, sentado a la derecha del Padre, es la Cabeza.

Jesús explica a Ananías que Saulo, mientras oraba, “ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista” (Hch 9,12). Para obtener la resurrección de su vida Saulo tuvo que humillarse para atender a un pobre miembro del Cuerpo de Cristo, todo temeroso y ciertamente no educado e inteligente como él. Saulo estaba acostumbrado al todo y nada de sus hazañas fanáticas: enseguida obtuvo cartas y poderes absolutos del sumo sacerdote para perseguir a los cristianos. Pero aquí tiene que esperar en la oscuridad a que se le acerque un discípulo corriente que ha recibido poder de Dios para sanarle. La verdadera esperanza crece en la espera dramática que llena los momentos de desesperación de los que ya no somos capaces de salvarnos nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas y nuestras propias relaciones. Saulo comprende para siempre que la verdadera oración, la verdadera fe, la verdadera esperanza residen en permanecer en esta necesidad de ser salvados por un Otro, en la necesidad de volver a encontrar la vida y la luz gracias a un Otro, ese Otro que viene a nosotros a través de otros pobres desesperados como nosotros.

Toda su vida, Pablo tendrá que vivir esperando continuamente la gracia comunicada por el Resucitado.

Como escribe a los Corintios: “Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espinas en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” (2 Cor 12,7-10)

Desde esta conciencia comprendemos que la esperanza no es una virtud superflua, como un adorno, sino el corazón de nuestra relación con el misterio de Cristo resucitado, nuestro Salvador. Vivir en la esperanza significa vivir en esta conciencia de que sólo Cristo nos salva, de que no hay otro Nombre –es decir, ninguna otra presencia y persona– en la que podamos salvarnos (cf. Hch 4,12).

Esperar de verdad es pedir a Cristo que sea la resurrección y la vida de nuestra vida, de nuestra vocación, de nuestra comunidad, de la Iglesia, de toda la humanidad, de todo el universo.

¿Tenemos esta esperanza? ¿Se ve en nosotros esta esperanza? ¿Somos profetas, testigos de esta esperanza contra toda esperanza, más fuerte que toda muerte, que todo pecado, que todo abandono, que toda fragilidad física, psíquica, moral? Podemos serlo si la esperanza se encarna en nosotros en una oración que implora sin cesar a Cristo Redentor.

Durante mi estancia en *Notre Dame des Neiges*, el obispo local me entregó un ejemplar del original de los escritos de San Carlos de Foucauld en el que se encuentra su famosa oración de abandono al Padre, oración traducida a todas las lenguas, en una versión fiel aunque algo reducida con respecto al original:

“Padre mío,
me entrego a Ti,
haz conmigo lo que quieras.
Todo lo que hagas conmigo
te lo agradezco.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo.
Con tal de que se cumpla
Tu voluntad en mí,
en todas Tus criaturas.
No deseo otra cosa, Dios mío.
Pongo mi alma en Tus manos,
te la entrego, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque Te amo,
y porque es para mí una necesidad de amor
entregarme,
volver a ponerme en Tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.”

En esta copia del manuscrito original, descubrí que el Hermano Carlos de Jesús había compuesto esta oración meditando la oración de Cristo en la Cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»” (Lc 23,46). La oración de abandono expresa entonces el deseo de San Carlos de entrar en la oración de Jesús al Padre, de hacerla suya, de dejarla penetrar en su vida y dejar que su vida penetre en la oración de Jesús. En efecto, inmediatamente antes de escribir esta oración de abandono y de esperanza en el Padre, San Carlos de Foucauld anota: “«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»... Es la última oración de nuestro Maestro, de nuestro Amado... Que sea la nuestra... Y que sea no sólo la de nuestro último momento, sino la de todos nuestros momentos”.¹

La esperanza viene a ser así como el soplo de cada momento de la vida, un soplo de entrega confiada al Padre que le ofrece todo lo que somos, toda nuestra vida, todo lo que nos queda incluso cuando lo hemos perdido todo, como Jesús en la cruz. El espíritu es el misterio profundo de nuestro ser, es el soplo de vida que Dios, al crearnos, pone en nosotros. Más que aire para respirar, el espíritu es la vida que Dios pone en nosotros para ser imagen y semejanza de la Trinidad, es decir, capaces de amar como somos amados. El último aliento de un moribundo es símbolo de un último acto de amor, el último en el tiempo de la vida, que, sin embargo, siendo amor, es el primer aliento de la vida eterna que no tendrá fin. Durante la vida estamos llamados a ejercer este acto de amor en cada momento, como escribe el Hermano Carlos de Jesús. Entonces todos los momentos de la vida, tan múltiples y disipados, a menudo tan distraídos y mezquinos, quedan como reunidos y unificados en el amor de Jesús al Padre, que el Espíritu nos comunica, llenándonos de esperanza en la vida eterna que ya comienza en nosotros y para todos.

¹ « Mon Père, je remets mon esprit entre Vos mains »... « C’est la dernière prière de notre Maître, de notre Bien aimé... Puisse-t-elle être la nôtre ... Et qu’elle soit non seulement celle de notre dernier instant, mais celle de tous nos instants »